

SÁBADO SANTO
VIGILIA PASCUAL EN LA NOCHE SANTA

CAPILLA PAPAL

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

Basílica de San Pedro
Sábado Santo, 4 de abril de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

«El santo misterio de esta noche [...] disipa el odio, doblega la dureza de los poderosos, promueve la armonía y la paz» (*Proclamación de Pascua*).

Así, queridos hermanos y hermanas, el diácono, al comienzo de esta celebración, alabó la luz de Cristo Resucitado, simbolizada en el Cirio Pascual. De este mismo Cirio encendimos todas nuestras velas y, portando cada uno una llama del mismo fuego, iluminamos esta gran basílica. Es el signo de la luz pascual, que nos une en la Iglesia como lámparas para el mundo. Ante el anuncio del diácono, respondimos «Amén», reafirmando nuestro compromiso de abrazar esta misión, y pronto repetiremos nuestro «sí» renovando nuestras promesas bautismales.

Esta, queridos hermanos, es una Vigilia llena de luz, la más antigua de la tradición cristiana, llamada la «madre de todas las vigiliass». En ella revivimos el memorial de la victoria del Señor de la vida sobre la muerte y el inframundo. Lo hacemos después de haber recorrido, en los últimos días, como en una gran celebración, los misterios de la Pasión de Dios, hecho por nosotros «varón de dolores» (*Is 53,3*), «despreciado y rechazado por los hombres» (*ibíd.*), torturado y crucificado.

¿Existe una caridad mayor? ¿Una generosidad más absoluta? El Resucitado es el mismo Creador del universo que, así como en los albores de la historia nos dio la existencia de la nada, así en la cruz, para mostrarnos su amor infinito, nos dio la vida.

La primera lectura nos lo recordó con el relato de los orígenes. Al principio, Dios creó los cielos y la tierra (cf. *Gn 1,1*), sacando el cosmos del caos, la armonía del desorden, y confiándonos a nosotros, creados a su imagen y semejanza, la tarea de ser sus custodios. E incluso cuando, por el pecado, el hombre no se ajustó a este plan, el Señor no lo abandonó, sino que le reveló, de una manera aún más sorprendente, mediante el perdón, su rostro misericordioso.

El “sagrado misterio de esta noche”, pues, tiene sus raíces incluso en el lugar donde se produjo el primer fracaso de la humanidad, y se extiende a través de los siglos como un camino de reconciliación y gracia.

La liturgia propone varias etapas de este recorrido a través de los textos sagrados que hemos escuchado. Nos recuerda cómo Dios detuvo la mano de Abraham, dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac, para mostrarnos que no desea nuestra muerte, sino que nos consagremos para ser, en sus manos, miembros vivos de un linaje de salvados (cf. *Gn* 22,11-12, 15-18). También nos invita a reflexionar sobre cómo el Señor liberó a los israelitas de la esclavitud en Egipto, convirtiendo el mar, lugar de muerte y obstáculo insuperable, en la puerta de entrada al comienzo de una vida nueva y libre. Y el mismo mensaje resonó como un eco en las palabras de los Profetas, en las que oímos las alabanzas del Señor como el novio que llama y reúne (cf. *Is* 54:5-7), la fuente que sacia la sed, el agua que da fruto (cf. *Is* 55:1.10), la luz que muestra el camino a la paz (cf. *Bar* 3:14), el Espíritu que transforma y renueva el corazón (*Ez* 36:26).

En todos estos momentos de la historia de la salvación, hemos visto cómo Dios responde a la dureza del pecado que divide y mata con el poder del amor que une y restaura la vida. Los hemos recordado juntos, intercalando la narración con salmos y oraciones, para recordarnos que, por medio de la Pascua de Cristo, «sepultados con él en la muerte [...] también nosotros podemos andar en novedad de vida [...] muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (*Rom* 6,4-11), consagrados en el Bautismo al amor del Padre, unidos en la comunión de los santos, hechos por la gracia piedras vivas para la edificación de su Reino (cf. *1 Pe* 2, 4-5).

En este contexto, leemos el relato de la Resurrección que escuchamos en el Evangelio de Mateo. En la mañana de Pascua, las mujeres, venciendo el dolor y el miedo, partieron. Querían ir a la tumba de Jesús. Esperaban encontrarla sellada, con una gran piedra a la entrada y soldados haciendo guardia. Esto es el pecado: una pesada barrera que nos encierra y nos separa de Dios, buscando aniquilar sus palabras de esperanza en nuestro interior. Sin embargo, María Magdalena y la otra María no se dejaron intimidar. Fueron a la tumba y, gracias a su fe y amor, fueron las primeras testigos de la Resurrección. En el terremoto y en el ángel sentado sobre la roca removida, vieron el poder del amor de Dios, más fuerte que cualquier fuerza del mal, capaz de «disipar el odio» y «doblar la dureza de los poderosos». El hombre puede matar el cuerpo, pero la vida del Dios de amor es vida eterna, que trasciende la muerte y que ninguna tumba puede aprisionar. Así, el Crucificado reinó desde la cruz, el ángel se sentó sobre la piedra y Jesús se les presentó vivo, diciendo: «¡Saludos!» (*Mt* 28:9).

Este, queridos hermanos, es también nuestro mensaje al mundo de hoy, el encuentro que deseamos dar testimonio con palabras de fe y obras de caridad, cantando con nuestras vidas el «Aleluya» que proclamamos con nuestros labios (cf. San Agustín, *Sermón* 256 , 1). Como las mujeres que corrieron a anunciar la noticia a sus hermanos, nosotros también deseamos salir esta noche de esta Basílica para llevar a todos la buena noticia de que Jesús ha resucitado y que, con su fuerza, resucitados con él, también nosotros podemos dar vida a un nuevo mundo de paz, de unidad, como «una multitud de hombres y al mismo tiempo [...] un solo hombre, puesto que, aunque hay muchos cristianos, hay un solo Cristo» (San Agustín, *Enarraciones en los Salmos* , 127,3).

Los hermanos y hermanas aquí presentes, procedentes de diversas partes del mundo, están consagrados a esta misión y pronto recibirán el Bautismo. Tras el largo camino del catecumenado, hoy renacen en Cristo para ser nuevas criaturas (cf. *2 Cor* 5,17), testigos del Evangelio. Por ellos, y por todos nosotros, repetimos lo que san Agustín dijo a los cristianos de su tiempo: «Proclamad a Cristo, sembrad [...], esparcid por todas partes lo que habéis concebido en vuestro corazón» (*Sermón* 116 , 23-24).

Herманas y hermanos, incluso en nuestros días abundan las tumbas que abrir, y a menudo las piedras que las cierran son tan pesadas y están tan bien custodiadas que parecen inamovibles. Algunas oprimen el corazón, como la desconfianza, el miedo, el egoísmo y el resentimiento; otras,

consecuencia de estas internas, rompen los lazos que nos unen, como la guerra, la injusticia y el aislamiento de pueblos y naciones. ¡No permitamos que nos paralicen! Muchos hombres y mujeres, a lo largo de los siglos, con la ayuda de Dios, las han derribado, quizás con gran dificultad, a veces a costa de sus vidas, pero con frutos de bondad de los que aún hoy nos beneficiamos. No son figuras inalcanzables, sino personas como nosotros que, fortalecidos por la gracia del Resucitado, en la caridad y la verdad, hemos tenido el valor de hablar, como dice el apóstol Pedro, "con las palabras de Dios" (*1 Pe* 4:11) y de actuar "con la energía recibida de Dios, para que en todo Dios sea glorificado" (ibíd.).

Dejémonos inspirar por su ejemplo y, en esta Noche Santa, hagamos nuestro su compromiso, para que en todas partes y siempre, en el mundo, crezcan y florezcan los dones pascuales de armonía y paz.

Basílica de San Pedro, Sábado, 4 de abril de 2026
Sábado Santo, Noche Santa de la Vigilia Pascual

LEÓN PP. XIV

Enlace directo:

(<https://www.vatican.va/content/leo-xiv/it/homilies/2026/documents/20260404-veglia-pasquale.html/>)

Acompaña la difusión de este mensaje:

Oficina de Comunicación y Prensa
Conferencia Episcopal Argentina